

Miguel Ángel Sierra

Érase una vez un país ni muy grande ni muy pequeño, más allá de las montañas que le separaban de otros países y que, como decían con orgullo sus habitantes, les hacían diferentes. Este país no había tenido una revolución como sus vecinos, ni dos guerras mundiales, pero para compensar había tenido una guerra entre hermanos que había valido por esas dos guerras y mucho más. Durante muchos años un señor bajito con bigote había dirigido (mejor dicho, había pisado) ese país con mano de hierro. Una de sus letanías era que su país era único y que no necesitaba para nada a sus países vecinos, ni tampoco al resto de los países del mundo, y muchos le creyeron. Y un buen día se murió como se muere todo el mundo y el país volvió a ser una monarquía con su rey, su reina y todo lo demás. Sus ciudadanos votaron y el país se transformó en una democracia. Después hubo muchos cambios y a los ciudadanos se les contó que su país era uno de los mejores del mundo. Pero para ver esto tenías que ser una persona lista. Si no lo eras y veías que algo raro pasaba, porque mucha gente no trabajaba, no había industria, muchos se enriquecían sin hacer o saber de “ná”, eras o un comunista trasnochado o un fascista irreverente, dependiendo de quien estuviera en el gobierno.

Y durante muchos años les contaron que todos los servicios que tenía ese país eran los mejores del mundo. Las mejores carreteras, la mejor sanidad, la mejor educación, la mejor investigación, y lo mejor de todo.

Pero para ver eso tenías que ser listo. Si no eras listo eso no lo veías. Veías carreteras con baches en los que te dejabas las ruedas del coche, listas de espera de varios meses en los hospitales para que te viesan un grano, un sistema de educación ignorado por los *rankings* internacionales, una investigación hecha con escasez de medios, sin una dirección clara, y que cambiaba de prioridades según el gobierno de turno. Por ningún sitio veían eso de que eran los mejores en todo.

Y un buen día llegó un dragón chiquitito, apenas perceptible, del otro lado del mundo. Y el dragón tenía una mala leche impresionante. En poco menos de dos meses arrasó ese país sin piedad. La mejor sanidad del mundo no pudo hacer frente a ese dragón porque no tenía medios para hacerlo. Y sus sanitarios se enfrentaron al dragón con las manos desnudas, dejándose por el camino su salud y en muchos casos sus vidas. Porque, eso sí, si hay algo que los ciudadanos de ese país tenían era valor. En ese país las cosas se habían hecho desde siempre por cojones.

Y de nuevo, como en otras catástrofes, los gobernantes miraron a sus magos que, trabajando con pocos recursos, pero con mucho afán, sobrevivían como podían.



Muchos magos se habían ido a otros países en los que no sólo se les respetaba, sino que además su capacidad de hacer magia se reconocía económicamente. Por primera vez en las comparencias en los medios de comunicación los dirigentes del país hablaban de magia. Y de nuevo se volvió a contar al pueblo que estábamos a la altura de otras comunidades de magos, los de aquellos países en los que la magia se respetaba y se pagaba, no día a día sino por décadas. Y, cómo no, el oro del país se vertió en magos que, a duras penas, habían sobrevivido en otros tiempos, con la esperanza de que derrotaran al dragón. Esto era algo tan arraigado en ese país que hasta tenían un refrán popular al respecto “nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena”.

Y mientras tanto, las mesnadas que querían acceder al gobierno, lejos de apoyar a éste en tiempos difíciles, se dedicaban a poner todo tipo de obstáculos a las decisiones de los dirigentes que intentaban combatir al dragón. Algo muy, muy de ese país. Al enemigo ni agua. En otros países que luchaban con este mismo dragón la unidad era algo que se daba por supuesto. Pero esos países eran extranjeros, con costumbres diferentes, bárbaros, herejes.

Mientras tanto, los ciudadanos de ese país seguían siendo los mejores. Se discutía sin tregua por qué no se volvían a reactivar los juegos públicos, y se gastaban recursos, que hacían falta en otros sitios, en analizar a los héroes que se ganaban la vida dando patadas a una bola, para ver si habían estado expuestos al aliento del dragón. Los centros de formación de magos (los únicos que podían luchar de forma eficiente contra el dragón) se mantenían cerrados, pero daba igual. A nadie parecía importarles.

Además, acostumbrados como estaban los magos de ese país a la forma de actuar de sus dirigentes, tenían

la seguridad de que, durante los siguientes años, el oro necesario para desarrollar las artes mágicas iría a parar a aquellos que habían sido lo suficientemente hábiles o afortunados como para decir que podían luchar contra el dragón. Esto era lo importante. El hecho de que la magia no se aprendía o desarrollaba de la noche a la mañana era irrelevante. Que la magia necesitara del conocimiento de todos los magos, desde los come-piedras y los extractores de esencias hasta los transmutadores de elementos, para ser eficiente, no era importante. Para percibir que lo importante era dar oro solo a los combatientes contra el dragón había que ser listo. En caso contrario, eras considerado o bien un resentido con el sistema o un envidioso que no había podido proponer algo interesante para luchar contra el dragón. Había pasado antes, con el extraño mal que años atrás enloqueció a las vacas o cuando los mares se volvieron negros con el chapapote.

Nadie podía prever que llegaría un dragón a ese país y que sería terrible. Las consecuencias del paso del dragón fueron demoledoras, pero, los dirigentes de ese país (los que gobernaban y los otros) seguían insistiendo en que todo era excelente, desde la gestión de su sanidad hasta su sistema educativo-universitario. Y como había ocurrido siempre en ese país, se compraron masivamente todo tipo de equipos y drogas para luchar contra el dragón, de una manera descoordinada e inefi-

ciente. El país pasó de una docencia arcaica a una docencia moderna *on-line*. Pero esto solo lo veían los ciudadanos inteligentes. Los que no eran tan listos veían que un porcentaje importante de alumnos no tenía posibilidad de acceder a esa docencia *on-line*. La razón era muy simple. En su casa el poco oro que llegaba era para comer, no había oro para internet y ordenadores.

Y el jefe de los magos, que no era un “archimago”, ni siquiera un nigromante, pero que había visto las estrellas montado en carrozas voladoras de países extranjeros, insistió en que el arma definitiva contra el dragón la harían sus magos, que tenían los mejores medios y la mejor infraestructura para ello. E insistió día tras día, tanto que parecía que el país estaba a la cabeza del mundo en la lucha contra el dragón. Los magos miraban asombrados, la magia se creaba de la nada después de años de abandono y olvido.

Y así, un buen día, un niño se levantó y miró al país con ojos inocentes. Agarrándose a su madre dijo “mami, el país está desnudo”.

Gracias por leer.

MIGUEL Á. SIERRA  
Editor General de *Anales de Química*